

LA CHICA RARA

Mara recuerda como si fuera ayer el día en el que el ex presidente de los EEUU falleció de coronavirus. Era una soleada tarde de mediados de marzo, calurosa incluso para la época del año. Y en el parque todo el mundo, repartido en pequeños y separados corrillos, hablaba de lo mismo. Sin embargo, ella se acuerda de aquel día por otra cosa: por un suceso, a priori desafortunado, en un momento de confusión.

La vio venir andando a paso desgarbado a lo lejos, como si con cada pisada deshiciera las últimas hojas caídas que, en breve, dejarían de alfombrar el suelo. No sabe muy bien por qué se fijó en ella tan pronto. Era alta, delgada y corpulenta a la vez, como a ráfagas. Con el pelo rubio y graso recogido en una coleta deshilachada. Tenía una mirada extraña, algo bobalicona y, tras la mascarilla, se adivinaba que sonreía. Avanzaba por el camino del parque rodeada de un aura extraña. Y de repente, desapareció.

Entonces Mara volvió a centrar la atención en Manolo, que tenía 8 meses y jugaba en el arenero. Estaba intentando mantener el difícil equilibrio que suponía respetar la distancia de seguridad con otros dos bebés, cuando la espalda del pequeño chocó suavemente contra la valla de colores y alguien le agarró por los tirantes del peto. Era ella.

—¡Hola bonito! No te comas la arena, que te puedes poner malo—. Aquella chica rara hablaba raro también, con un acento difícil de identificar.

Hacía tanto tiempo que ningún desconocido osaba a establecer algún tipo de contacto físico con ella, y mucho menos con su hijo, que no encontró la manera de responder a aquel gesto. Lo cierto es que Manolo escupía arena y pequeñas piedras. ¿Debía darle las gracias? ¿O reprocharle amablemente su educada insolencia? ¿A quién se le ocurre tocar a un bebé desconocido en el parque con su madre cerca y en medio de esa psicosis pandémica que nos había vuelto locos a todos? Aquí hay gato encerrado, pensó desconfiada Mara. Y fue entonces cuando apreció cómo la mano de la extraña y osada desconocida rozaba el bolso del carro de Manolo y volvía a introducirse en la bolsa blanca de tela que llevaba en la otra mano.

—¡Enséñame lo que has guardado ahí! —gritó Mara.

—¿Yo? Nada.

—¡¡Te he visto perfectamente!! ¿Qué me has sacado del bolso?

—¿Yo? Nada.

Los padres de los niños que compartían arenero a distancia con su hijo se acercaron a la escena por si había que intervenir. Los gritos les pusieron en alerta en medio del desconcierto, sin saber muy bien cómo se intercepta a una presunta ladrona respetando la distancia de seguridad y sin descuidar a varios bebés ansiosos por llevarse cualquier cosa a la boca. La extraña desconocida ni se movió. Estaba paralizada de miedo. Mara revolvió dentro de la bolsa del carrito en busca de su cartera, pero no la encontró.

—¡Me ha robado! Me ha robado el monedero.

Uno de los padres del arenero sacó el teléfono para llamar a la policía, mientras el otro, ahora sí, agarraba a la chica por el brazo. Entonces Mara se fijó en que tenía bastantes menos años de los que a primera vista aparentaba. Estaba llorando.

—Yo no he robado nada, de verdad. Mira mi bolsa —La bolsa banca de tela que llevaba estaba completamente vacía.

—¿Cómo es posible que no lleve nada? —dijo una de las madres del grupo que, con curiosidad, se había acercado a la escena.

—Eso es que se lo ha dado a algún cómplice; así son los ladrones profesionales —añadió otra.

—Iba a recoger piedrecitas ahora. Nada más —respondió la sospechosa llorando.

Todos los bebés que había en el parque en cien metros a la redonda, se daban un festín de arena mientras sus madres y padres olvidaban la distancia de seguridad en torno a la presunta carterista. Hasta que alguien entró en el corrillo diciendo:

—¡Pero si es Erika! Es imposible que haya robado nada. Erika, tranquila. ¿Qué ha pasado?

—Que esta tía loca dice que le he quitado el monedero —contestó con hipo—. Yo solo me he acercado a su hijo porque se estaba comiendo arena.

—Tranquila ¿quieres que llame a tu padre y te pase con él?

—Sí, por favor.

Temblorosa, Erika cogió el teléfono del hombre que había acudido en su auxilio y se puso a hablar. Entonces todo el mundo empezó a comprender: aquel acento raro no era de ningún país extranjero; esos andares desgarbados y el aura extraña que desprendía pertenecían a una persona diferente y especial.

—Erika nació con una ligera parálisis cerebral —explicó su salvador—. Pero casi nadie lo nota a la primera porque es una adolescente muy autónoma y bien estimulada que se maneja fenomenal ella sola por el barrio. Tiene debilidad por los bebés, por eso a veces se aleja un poco de su entorno y se escapa al parque para verlos.

Mara se sintió en ese momento la peor persona del mundo. Rodeada aún por parte de la gente que, estupefacta, había contemplado la escena, sentía una vergüenza terrible. Le temblaban las piernas del bochorno que acababa de vivir, tenía ganas de llorar y salir corriendo. Pero necesitaba disculparse a fondo. Por eso, antes de que colgara Erika a su padre, le pidió el teléfono al amable vecino que había resuelto el desaguisado.

—Perdón, perdón —arrancó a decir con voz temblorosa y atropellada—. No se imagina usted cuántísimo siento este incidente tan desafortunado. Pero es que en estos tiempos en los que nadie toca a nadie, su hija se acercó demasiado a mi bebé y al carrito. Y desconfié por defecto, con la mala pata, además, de no encontrar la cartera en mi bolso.

—Tranquila —respondió el padre riendo—. En realidad, me cuesta muy poco trabajo imaginármelo. A Erika le encantan los bebés y siempre le digo que se junta demasiado a ellos, que algún día va a provocar algún mal entendido. ¡Mucho estaba tardando mi chica!

—Me siento muy mal, fatal, torpe. Soy una persona horrible, no me di cuenta de nada...

—¿Cómo podría compensar a su hija por el mal rato que he hecho pasar a la pobre?

—Pues lo tiene fácil: pregúntele si quiere dar un paseo con usted mañana. Seguro que estará encantada de contar a alguien nuevo todo lo que hace en el centro ocupacional.

Aquel padre, sin duda, conocía muy bien a su hija porque la respuesta fue afirmativa. La adolescente desgarbada y con aura, pasó del llanto a la alegría sin el menor atisbo de rencor ni desconfianza. Y aquella tarde, en la que el ex presidente de los EEUU falleció por coronavirus, arrancó una curiosa amistad de la forma más surrealista y embarazosa posible. Cuando Mara llegó a casa, encontró su cartera encima de la mesa de la cocina.